

Estrictamente Personal

20, Sept. 1993

Freno a la Democracia

Raymundo Riva Palacio

En la presentación del libro "Sucesión pactada", de la Unidad de Prospección de EL FINANCIERO, el historiador y lúcido ensayista político Lorenzo Meyer recordó que una característica de la democracia es la *incertidumbre*. Sus palabras no dibujan una abstracción, sino van al fondo del dique que frena la democracia en México.

La *incertidumbre* a la que se refiere Meyer es el no saber cuál será el resultado de unas elecciones, no saber quién va a ganar, o cuáles serán las preferencias del electorado, pues en varios países se tiende a equilibrar preferencias y dividir el respaldo a sus líderes.

En un sistema político abierto, los electores suelen establecer, con sus votos, pesos y contrapesos, a quienes los van a gobernar y a tomar decisiones por ellos. Un caso muy significativo se dio en Estados Unidos, cuando durante 12 años de gobiernos republicanos, el pueblo votó demócrata en el Congreso.

Es de suma importancia que el doctor Meyer ponga sobre la mesa el tema de la incertidumbre política en México, pues en estos momentos funcionarios salinistas están reviviendo la justificación de la antideocracia en este país, con analogías rápidas y superficiales con otros sistemas políticos.

Los funcionarios gustan trazar la comparación de la permanencia en el poder del PRI, con los tiempos que duraron o han durado en el poder el Partido Laboral en Japón, el Partido Demócrata en el Congreso de Estados Unidos y los socialdemócratas en Suecia.

Sin embargo, los funcionarios salinistas mienten o se están engañando a ellos mismos. Las analogías, sencillamente, no proceden. A diferencia de México, en esas naciones sí existe un mercado político, que es aquél donde los actores políticos han llegado a un acuerdo sobre la *incertidumbre* de aquellos resultados electorales que resulten de una contienda competitiva.

No son aquellos, a diferencia de los mexicanos, mercados políticos donde los ganadores siempre ganan y los perdedores siempre pierden. En Estados Unidos, como lo demostró Suecia y más recientemente Japón, cada elección era una moneda al aire, donde cualquier partido podía ganar, puesto que la arena en la que competían otorgaba las posibilidades reales de triunfar.

En México no sucede así. La definición clásica de democracia, como un sistema donde quienes toman las decisiones colectivas más importantes son seleccionados a través de un proceso justo, honesto y de

ganará una elección presidencial, sino quién de entre el grupo más cercano del presidente en turno va a ser designado como su sucesor.

La incertidumbre, entonces, se reduce al *tapado*, y la mejor prueba de la ausencia de esa característica de la democracia se refleja en la prensa, que es por donde se expresan los grupos políticos del gobierno priista. Por conducto de los medios impresos, esos grupos ya dieron el banderazo de salida a los hombres del salinismo que, de acuerdo con ellos, buscan ganar la nominación para remplazar al presidente de México en 1994.

Obviamente, ese tipo de incertidumbre no es el característico en términos de democracia. La incertidumbre mexicana es más bien peculiar de un sistema político cerrado en la toma de decisiones, y excluyente en la participación.

Cuando en un sistema político no hay *incertidumbre*, es que no hay credibilidad en las elecciones. La credibilidad tiene que ver con la percepción de los partidos y de la sociedad de que las elecciones son legales y legítimas, y que el proceso fue justo y equitativo para todas las partes contendientes. Al darse estos elementos se genera credibilidad y respeto por los comicios.

Las denuncias de fraude que hacen los partidos de oposición, aún antes de celebrarse las elecciones, se manejan dentro de esa dialéctica. No anticipan fraude sobre el día de las elecciones, sino sobre el proceso que las precede. Es realmente irrelevante que un día de elección sea totalmente limpio, si todo el andamiaje con el que se construye se encuentra amañado, distorsionado e irregular.

Sin la existencia de un paquete de leyes electorales que creen la posibilidad de alternancia real en el poder, en México podrá haber elecciones legales, pero no legítimas. Esto no quiere decir que el gobierno sea ilegítimo, pues el salinismo como otros regímenes autoritarios en el mundo, suelen usar su conducción de la economía como una forma de hacerse de legitimidad.

Como gobierno, el salinismo se ha legitimado. Como sistema, el mexicano carece de legitimidad.

Los gobernantes mexicanos y el partido que los sustenta hasta ahora, el PRI, no son personas a las que inspira la democracia. El transitar por la democracia significa transferir las lealtades a ese tipo de organización social y no a la permanencia del poder y al control central de la autoridad.

Este proceso, como ha explicado detalladamente el científico político Giuseppe di Palma, significa la dispersión institucional y la remoción de los monopolios políticos.